



"Tengo miedo torero", de Pedro Lamelbel

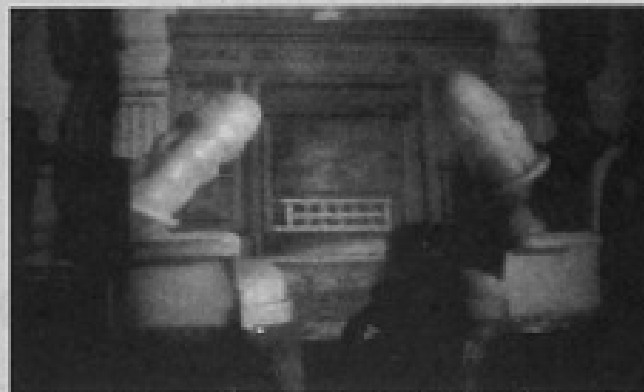
Obviedad en tono rosa

Al comienzo de la novela, porque era disección sentimental leve, desde el tamaño del nariz, una nota nos explica que la obra surge de "veinte páginas escritas a fines de los 80, y que permanecieron por años resguardadas entre abuelos, madres de pareja y cuñados que moraban de golpe la religión romanista de sus letras". Una historia que el autor ha
verdadero cadáver literario, folletín rosado, hueco y campante. Pedro Lamelbel, no es más que una novela rosa convencional, sólo que en vez de una muchacha primerosa, cándida y relativamente estúpida, nos encontramos con un gay sin cerebro. Su protagonista, un miembro del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, se queda delirante de cuantos infantes, llenos de principios, correctos, gallardos, consecuentes y bonaveros. Sólo le falta un caballo blanco. En todo caso, y entre son licencias que me parecen, cada el escritor se refiere de la sección con mala puntería y chuchadesumbre. Por otra parte, y aplicando el bisturí, encontramos un injerto, bastante simple, jamás un optimismo pueril, de las novelas de dictadores, ya demasiado frecuentes en la narrativa latinoamericana. La mayoría de ellas son iguales, vitales en blanco y negro, vergonzas de bajo calibre, destinadas, supongo, a ideologizar mentes jóvenes. Por ejemplo, la ciudad de Pinochet se justifica, precisamente, en un capítulo acerca de su infancia, cuando las pequeñas invitadas no asisten a su cumpleaños. Luego Hilari, esa mujer con rostro de ampolleta de tienda de seguros de Calle Buente, aparece como una mujer superficial -qué duda cabe-, pero tal

superficialidad es unívoca: dependencia sigilosa de su esposa, un tal Gonzalo, bastante efeminado. Y aquí, una distracción. Si Lamelbel, en sus crónicas, intercalaba al homosexual en su simul Cortin Tellerio, tras más la familia Gaudin y la (el) protagonista, la Lora del Franco, quedaba como grutas concubinas de maricones, tras más por un homosexual que por un adalid de la causa azul. Transcurridos los primeros capítulos, donde la narración del lenguaje de las locas tarda a reflejar, rápidamente la novela rosa. Todo es obvio. El libro y la (el) protagonista tienen que enamorarse, dicen que separarse, porque su amor es imposible. Seguramente los dolores, intercalados en el texto, parecen que para sumar páginas, se inclinan a proclamar, parece más atenta, en la imaginación del escritor. El protagonista jamás sueña. Es siempre noble, hiperconsciente. Y para traslucir las cosas, se elimina al medio del mundo en la escena del atentado. Para qué hacerse problemas con la poquía de los personajes. Desde una gama de vista, una nueva idea patética, que puede complicar a los

porque este verdadero cadáver literario, folletín rosado, hueco y campante, Pedro Lamelbel, no es más que una novela rosa convencional, sólo que en vez de una muchacha primerosa, cándida y relativamente estúpida, nos encontramos con un gay sin cerebro.

primeros capítulos, se finalmente en la historia nacional, suponiendo impropiedades en este punto. Por ejemplo, el viaje a Sudáfrica un capítulo lleno de escenas en realidad fue a Pinar. Y hasta la prensa fue de la época lo hizo más amorosa. ¿Qué qué? Lo dicho, destellos del lenguaje. La barrerismo que entreverda la lengua verdadera. También, algunos escenas, pero como un todo, decepciona, cansado, incluso deseos de escribir una novela digna acerca de homosexuales. O leer a David Levitt.



Un par de páginas al pie, y en el libro, se ven al libro de Lamelbel. La historia es bastante repagada.

Obviedad en tono rosa. [artículo]

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Obviedad en tono rosa. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile